

ENTRE las razones económicas que pretenden explicar la presente guerra, ocupa preferente lugar esa idea del espacio económico, que algunos llaman, con frase más vigorosa, espacio vital, lo que en el fondo significa lo mismo, ya que por espacio vital se entiende un área suficiente para que respire la economía de un gran país industrial.

¿Se trata de una razón o de un pretexto? Probablemente, de ambas cosas, ya que es raro que una razón no se utilice al mismo tiempo como un pretexto, más allá de lo que es razonable. Pero, a nosotros, lo que nos interesa como economistas, es dilucidar el grado de realidad que se esconde debajo de la alegación.

¿El espacio económico representa una necesidad vital? ¿Por qué ese espacio es necesario ahora y no lo ha sido siempre, o no lo ha sido en tanto grado otras veces?

A mi juicio, la necesidad de un espacio económico surge de considerar que el tenor de vida realizable por un país no dimana tan sólo del progreso técnico alcanzado, sino al mismo tiempo del perfeccionamiento del mecanismo económico de la industria y del comercio, auxiliado este último por el adelanto en los medios de comunicación, que permiten elaborar las cosas allí donde resulta más fácil y económico, y llevarlas con el menor coste allí donde su consumo es de máxima

utilidad. De este modo se favorece el disfrute de más y mayor cantidad de bienes de goce para todos y cada uno.

Pero hay todavía una cosa más importante: el progreso técnico no da plenos frutos sin el adelanto económico que pone a disposición de la especialización productiva áreas cada vez más extensas de consumidores, ya que el perfeccionamiento mecánico sólo rinde a base de producir en gran escala.

Las maravillas del progreso despiertan en los hombres el anhelo de un tenor de vida en consonancia con el grado de cultura. El adelanto económico abre posibilidades de ello, mas si, a causa del aislamiento comercial se reduce el área para la cual se puede producir, la mayor parte de las ventajas del progreso técnico y económico se pierden, y el tenor de vida se tiene que reducir, estableciéndose un fuerte contraste entre las posibilidades ideales y la realidad. Las gentes sienten frustrarse sus anhelos; el progreso les parece una cosa sin sentido que sólo sirve para causar inquietudes y decepciones. Este es el drama del mundo moderno.

La idea del espacio económico como factor político ha nacido, a mi parecer, del sentimiento de este obstáculo que se opone a cosechar la mayor parte de los frutos del progreso. Claro que esta idea se halla en oposición, por lo tanto, con otra idea actual: la de la autarquía. Si los países se encierran dentro de estrechas fronteras económicas y reducen al mínimo sus intercambios, el espacio vital se reduce, y los pueblos se han de resignar a un tenor de vida más pobre.

La paradoja que parece resultar del contraste de estas dos ideas nacidas casi simultáneamente la resuelven unas palabras pronunciadas por el general Badoglio al ocupar la presidencia de un organismo para el fomento de la autarquía. El sentido de aquellas frases venía a ser éste: la autarquía no es una cuestión económica, sino una cuestión militar y política. Si un país ha de estar expuesto a que le corten sus aprovisionamientos y las salidas de sus

productos en exceso, si ha de vivir en servidumbre económica por eso, le convendrá encerrarse en la autarquía, adaptar su economía a las necesidades propias, aun a espensas de reducir el tenor medio de vida realizable, por que la seguridad y la estabilidad de la existencia tienen un valor que no se paga caro a ningún precio.

Este antagonismo entre el principio del espacio vital y el autárquico, no es, después de todo, más que una nueva forma del contraste que ha habido siempre entre la tendencia a facilitar el comercio y abrirle nuevas vías, y la opuesta de ponerle trabas mediante medidas aduaneras, dos cosas al parecer contradictorias y paradójicas. ¿Para qué abrir un canal que favorezca el tráfico si ha seguida se crea un impuesto a las mercancías que circulan por ese canal para defenderse de su abaratamiento?

La moderna tendencia autárquica, nacida de móviles defensivos militares o políticos, tiene un sentido racional. No así la llamada proteccionista, que es de tipo instintivo; obedece a reacciones directas del organismo económico.

Es terriblemente paradójico que esas reacciones, lejos de atenuarse a medida que se hace sentir más la necesidad de un mayor espacio económico, cayan aumentando en intensidad, como si crecieran los peligros provenientes del libre tráfico. En el

período entre las dos grandes guerras europeas, se han acrecido enormemente, por motivo de que los desequilibrios monetarios han conducido a medidas muy extorsivas contra el tráfico de dinero. Los obstáculos al comercio que nacen de ellas, son ingentemente mayores que los procedentes de los impedimentos aduaneros.

\*\*\*

Y lo más singular es que, ya con ocasión de la gran guerra del 14, se consideró que una de las causas que contribuyeron a determinarla, fué la agudización de la política proteccionista, y entre las bases del nuevo orden estaba la de abatir las barreras económicas. La paz de Versalles, multiplicando las fronteras en Europa y sometiendo a conveniencias políticas, sin consideración a las económicas, actuó a contrapelo de tal finalidad.

Mas tampoco en los demás aspectos se ha hecho nada para contribuir a ella. He aquí el testimonio significativo que nos ofrece la opinión autorizada del secretario de Estado norteamericano, Summer Welles: «Nuestra política de elevadas tarifas alcanzó naturalmente todos los rincones del mundo y llevó a la miseria y a la desesperación a innumerables pueblos... El empobrecimiento, la confusión y el resentimiento que resultaron de ello, a la par con otras causas igualmente perniciosas, alfombraron el camino a las dictaduras que han sumido al mundo entero en la guerra.» (1). Aparte esta última conclusión, evidentemente parcial de la responsabilidad directa de las dictaduras en la guerra, se reconoce que la indirecta, por lo menos de ella y de las propias dictaduras, ha sido la política comercial, especialmente la americana, que ha sumido al mundo en «la pobreza, el resentimiento y la confusión».

Lamentable es que esto no se reconociera a tiempo. La-

(1) Palabras pronunciadas el 18 de octubre de 1941, citadas por «The Economist» de 8 de noviembre («The Principles of Trade»).

## La idea del espacio económico

Por GERMAN BERNACER

Jefe del Servicio de Estudios del Banco de España

mentable y tanto más sorprendente cuanto que Norteamérica es un ejemplo vivo de lo que un gran espacio económico puede obrar en la prosperidad de un pueblo. La de los angloamericanos se debe especialmente, a mi juicio, a la circunstancia histórica de que, pueblo sin tradiciones propias, viniera a formar—no sin obstáculos, como demuestra la guerra de Secesión—un gran conglomerado nacional con una estructura económica común, sin impedimentos aduaneros internos. Esto ha ofrecido a la industria americana un vasto mercado que ha permitido aplicar los procedimientos más intensivos y mecanizados de producción. Producir, por ejemplo, automóviles en serie sólo es posible a base de una enorme masa consumidora. Norteamérica la tiene dentro de sus fronteras, no sólo por su extensión, sino porque el alto rendimiento que ello permite convierte en consumidores a muchos que no lo serían con un patrón general de vida más bajo. Los altos tipos de salario originados por los métodos de producción intensivos, consienten al obrero ser consumidor de muchas cosas de que no lo son los obreros de otros países. La masa consumidora es, además de extensa, más espesa que en los demás países. De este modo la prosperidad es fuente de mayor prosperidad.

Creo que esta razón económica explica mejor el decantado progreso de la América del Norte que una superioridad de raza—difícil de explicar en aquella amalgama de razas que favorece todos los mestizajes—ni de medio físico.

Otro ejemplo práctico del efecto de los grandes espacios económicos lo encontraríamos en el desarrollo industrial de Alemania a partir de la Unión Aduanera de los Estados alemanes (Zollverein). Pero la economía del espacio me impide desarrollar más la tesis del espacio económico.

Claro que, junto al problema del espacio cuantitativo, hay que citar al menos el aspecto cualitativo; el espacio económico ha de contener también las materias primas necesarias. Mas también aquí hay implicada una cuestión comercial: la de poder acceder sin obstáculos a las fuentes naturales de producción.

\*\*\*

El espacio económico no ha de ser necesariamente un espacio político. Un extenso imperio, entre cuyas partes existieran barreras y obstáculos comerciales, no constituiría un gran espacio económico. En cambio, un vasto territorio bien poblado y muy subdividido políticamente, como Europa, podría constituir un gran espacio económico si desaparecieran las barreras al comercio mediante una unión aduanera y monetaria.

Históricamente, el ensanchamiento económico se ha hallado en el viejo mundo supeditado al político, y esta es la gran tragedia histórica. Los países que se desarrollan industrialmente reclaman cada día mayor espacio vital: el Japón en Asia, Alemania en Europa, se ven forzados a labrárselo con las armas, al igual que se lo labró la Gran Bretaña en el siglo pasado, porque el afán de los países a encerrarse económicamente dentro de sus fronteras, impide que el espacio se agrande por medios pacíficos.

El mundo se encuentra ya ya tiempo ante la encrucijada de una sumisión política o al menos de una subordinación económica bajo la hegemonía de los países más fuertes e industriales, que impongan la desaparición en su favor de los obstáculos artificiales y el allanamiento de los naturales; o de que, bajo ideas económicas más racionales, se llegue a una verdadera colaboración económica más allá de las fronteras políticas.

Que en un espacio como el de Europa, integrado por naciones de una larga tradición histórica, racial y política, pudiera llegarse a la constitución de unos Estados Unidos es casi inconcebible. En cambio, si, como es probable, los impedimentos comerciales son fundamentalmente un epifenómeno de la propagación de las crisis a través de la estructura económica mundial, la corrección de las fluctuaciones industriales permitiría atenuar las tendencias aislacionistas y establecer una cooperación económica de los pueblos. Sobre esto hice un ensayo antes de la guerra (2).

De este modo el problema de las guerras aparece ligado al de las grandes y periódicas sacudidas económicas, y quizás la corrección de éstas sea la única perspectiva de paz verdaderamente duradera. He aquí una de las grandes misiones que la ciencia económica ha de realizar en sus laboratorios: indagar la causa y el remedio de esas mareas de los negocios.

(2) Sed de oro («Economía Española», mayo de 1936).